

EL CAPITAN

Earn honestly if you can, but earn.
(Gana honradamente si puedes, pero gana.)
Proverbio norteamericano.

I

La prensa europea comentó a su sabor la curiosa aventura que dejará para siempre una amarga huella en el espíritu de Mr. Edgard Thompson, el millonario de Farwest Street, y probablemente recordará el lector haber oído hablar de Ella. Pero lo que seguramente ignora son ciertos interesantísimos detalles que no llegaron a conocer los más afamados noticieros y que merecen ser puntualmente consignados.

¿Han pasado ustedes alguna vez por Farwest Street, o, para decirlo en castellano, por la calle del Lejano Oeste? Entonces recordarán el palacio de Thompson, aquel enorme edificio de arquitectura árabe, cuyos balcones son una maravilla de herrería. Nadie que lo haya visto olvidará la larga serie de pequeños arcos de herradura, en que terminan y se enlazan las columnitas que forman la balaustrada, adornada tan profusamente que parece un calado de complicadísimos arabescos.

Una tarde de primavera hallábase el bueno Mr. Thompson enseñándoles a los paseantes las dobles

balcón, dió media vuelta a su corpulenta humanidad, extendió el brazo y apretó un botón de marfil que había en la tabaquera colocada junto a él.

—¡ Quick!—dijo al criado que se presentó. Di a Mr. Partner que suba a recibir mis instrucciones, y tú prepárame los bañes con todo lo necesario, porque he resuelto irme a dar un paseo por Europa.

Cuando el criado se retiró, Mr. Edgard Thompson, acariciándose el vientre como si pensara en digerir sabrosos manjares, terminó su monólogo con este reto a lo desconocido :

—Veremos quién sabe sacarle más jugo a la vida : si aquellos trovadores melenudos, o esta rasurada potencia de la Bolsa newyorquina.

II

En el casino de Mónaco era objeto de la admiración de todos el hombre de la suerte. Ancho de espaldas, corpulento, macizo. De gran nariz y labio superior interminable, sus facciones se dibujaban holgadamente en una cara enorme, a la que servía de tapadera un casco redondo, con el pelo rojizo, recortado en forma de cepillo. ¡ Cepillo ! Esta era la palabra que mejor podría sintetizar el efecto que aquel hombre producía entre los que le rodeaban, pero tomada, no en la acepción que sirve para designar el peludo chirimbolo auxiliar de la limpieza, sino en la que se destina a representar la caja cuadrada con una ranura en que las gentes depositan su óbolo.

¡ Y qué óbolos ! Cuando en la mesa los **luis** y los billetes formaban un montón demasiado grande, la manaza nudosa del **yankee** los barría, y sin dignarse contarlos, los introducía por la ranura, por la abertura de su chaleco, como si fueran filtrándose en un vientre insaciable.

De aquel esplendor interno algo se traslucía fuera. El **smoking** que vestía era irreprochable. Pero, a pe-

sar de la destreza del famoso Poole, de cuyos talleres salieran las elegantes prendas, entre éstas y su cuerpo había un extraño divorcio. El paño de la mejor clase y el corte de lo más exquisito hacían en él el efecto de un vestido de muñeca, que, confeccionado por la más hábil modista, nunca acaba de amoldarse a las líneas de la madera, desprovista la tela de ese conjunto de pequeñas inflexiones que la dignidad natural de las actitudes y la no estudiada distinción de las maneras imprimen a la ropa, revelando en el traje lo que jamás ha podido improvisar para su cliente el más entendido de los sastres, por tratarse de algo que no se produce de fuera a dentro, sino de dentro a fuera.

No llevaba el número excesivo de joyas que acusan un mal gusto demasiado vulgar. A pesar de parecerlo tanto, no se le veía más que un soberbio solitario en el índice de la mano derecha. Pero éste lo lucía bien. Magnífica era la piedra. Brillaba más que un faro de primera clase. Sólo ella representaba un capital.

¡Loca fortuna! Se empeñaba en favorecer al que menos lo necesitaba! Eso pensaban mirándole con envidia y odio algunos de aquellos personajes amarillentos, cuyo oro iba desapareciendo por los bolsillos insaciables del afortunado **yankee**.

III

¿Cómo ocurrió el hecho? Los periódicos lo refirieron minuciosamente.

Ya de madrugada, Mr. Thompson entró en un coche para volverse a la suntuosa residencia (Niza, si mal no recuerdo) a que había llegado la víspera, proponiéndose pasar en ella algunos días. De acuerdo con el cochero, según vehementes sospechas, detuvieron el vehículo, en mitad del campo, cuatro forajidos. Despojaron al envidiado millonario, y, no contentos con

quitarle el oro, los billetes y el solitario y el reloj, uno de aquellos desarrapados cambió su deslucido traje por el elegante **smoking**, sus alpargatas sucias y mugrientas por los zapatos de reluciente charol, y para no llevar la pintura hasta los linderos a que podría asomarse a protestar el pudor de las lectoras, sólo añadiré que, como suele decirse, no le dejaron ni la camisa, pues no era dejarle tal cosa permutar la suya con los jirones de algodón del audaz caco, que sobre el césped de la naturaleza, por méritos de la fuerza bruta, invertía así los términos en que el azar había puesto las cosas sobre el tapete verde del casino de Mónaco.

No le quedó a Mr. Thompson ni el consuelo de injuriar a los ladrones. El no sabía una palabra de francés, y las imprecaciones dirigidas al coche, que al galope se alejaba, hubieran necesitado quien se las tradujera a los despojadores, los cuales como es de presumirse, no se habían ocupado en buscar un interés que ofreciese siquiera al despojado esa efímera satisfacción.

IV

No era Mr. Thompson hombre que se arredrase con facilidad, y apremiado de una parte por el fresquillo de la madrugada y en la imposibilidad por otra de presentarse ante las gentes en la paradisíaca desnudez en que le habían dejado, empezó por ponerse las groseras telas interiores con más repugnancia por su estado aún que por su clase. Colocóse encima aquellos harapos de algodón que hacían veces de camisa y en los que, a la pálida luz del naciente día, descubrió, al fírsela a poner, en el sitio en que se acostumbra llevar la corbata, una cruz, no de Alcántara ni de Montesa, ni de otra orden con tan alto predicamento conocida en el viejo continente, sino de un Burdeos rico en materias tintóreas, al que, sin duda, debía ser aficionado el anterior propietario de la alhaja.

Sin detenerse mucho, porque estaba tiritando y no era cosa de andarse con melindres, introdujo las piernas en unos pantalones, un tanto cortos, es verdad, y algo estrechos; pero tan dilatados por las rodillas, que quedaban perfectamente libres las articulaciones para las necesidades de la marcha. Metió luego los brazos por las aberturas de un chaleco, que, por algunas arrugas horizontales, expuestas al roce, enseñaba la trama, defecto que no hubiera tenido a haberlo usado siempre él, pues le venía tan justo que no le hacía el menor pligüe, y, de no darse el caso de que tres de los cinco ojales llorasen hacía tiempo la ausencia de sus botones correspondientes, nada hubiera tenido que decir de la prenda, la mejor, sin duda, de cuantas le dejaron, pues la chaqueta que se puso encima, a más de ser un poco corta de mangas y de espalda, tenía un bolsillo desgajado en la lucha que precedió al robo, y, además, como cicatrices de anteriores batallas, dos o tres zurcidos de lo más primitivo y elemental. Calzóse las alpargatas, que, aunque duras de pisar, lo eran siempre menos que las piedras del suelo, y, tapándose la cabeza con la boina abandonada allí, tomó resueltamente el único camino que le era dable seguir: la carretera que tenía delante.

Al principio iba muy de prisa, con la esperanza, ya que no de atrapar el coche, por lo menos de hallar de él rastro cercano. Luego, a medida que esa esperanza iba desvaneciéndose, la reacción del calor del ejercicio y del abrigo sucediendo al frío de aquel desarropearle intempestivo, y el cansancio empezando a apoderarse de él, fué aflojando el paso. Media hora larga llevaba de marcha, cuando se detuvo ante una bifurcación del camino, vacilando acerca de cuál dirección tomaría. Para resolver la duda optó por sentarse en una piedra, pensando que así podría a la vez reflexionar y descansar un momento.

V

No me detendré a detallar, dándolos por sabidos o

por imaginados, los innumerables apuros en que se vió, sin poder hacerse comprender de los campesinos con que se tropezó en la primera aldea a que le llevaron sus pasos; ni los tormentos del hambre que la caridad remedió con unos mendrugos aquí y otros allá; ni sus torturas al comprender, a medida que iba viendo nuevas gentes, que no sólo no le entendían, sino que aún los que acertaban a vislumbrar algo de lo que con su mímica quería decir, hallaban perfectamente inverosímil que pudiera ser dueño de tantos kilómetros de ferrocarril el desarrapado viandante que carecía de lo indispensable para tomar un billete de tercera clase; ni su desesperación cuando, después de haber conseguido llegar hasta la ciudad en que había dejado su equipaje, se encontró con que ni el dueño del hotel, ni nadie, reconocía en el mendigo destrozado, enflaquecido y sucio, al esplendoroso capitalista que había pasado allí unas cuantas horas, y que, por tal motivo, se negaban en redondo a entregarle el equipaje.

Como para identificar su personalidad no le quedaban ni las iniciales de su ropa interior, se vió puesto de patitas en la calle, dejando a todos en la firme persuasión de que se trataba de un infeliz trastornado, víctima de esa forma de perturbación mental llamada **delirio de grandezas**.

Ahorraré también al lector el minucioso relato de las amarguras que continuó pasando durante su largo viaje a pie, implorando por señas la caridad de las gentes, hasta que llegó a París, o a otra importante población (que estos pormenores los he olvidado) donde le reconoció uno de sus corresponsales, en cuyo momento sus penalidades concluyeron. A aquellos a quienes estos detalles interesasen, los remitiré a los artículos en que daban cuenta de ellos los periódicos hacia el año de 1890 ó 91.

Lo que los noticieros no refieren en ninguno de ellos fué la moraleja que el bueno de Mr. Thompson sacó

de su viaje por Europa, cuando, con el cuerpo en forma de horquilla muy abierta, hundidas las espaldas en la mullida butaca y apoyados los pies en el borde de la mesa de te, decía a su socio, razonando su resolución de no volver a envidiar a los trovadores provenzales:

—Aprende, querido Partner, tû que eres joven aún. Mi padre se equivocaba. No baste con ganar y tener dinero para ser feliz. El capital no es lo **capital**. El que se consagra a èl es como el asno que da constantemente vueltas a la noria para sacar el agua que los demás se han de beber.

Y esta comparación, a pesar de ser un tanto pedestre en la forma, fué lo más hondo, lo más práctico, y lo más trascendental que en su vida se le ocurrió a aquella rasurada potencia de la Bolsa newyorquina.